

EL MUNDO PINTORESCO,

ILUSTRACION ESPAÑOLA.

ESTE PERIÓDICO REGALA Á SUS SUSCRITORES DE AÑO EL IMPORTE DE LA SUSCRICION EN MAGNÍFICAS LÁMINAS Y RETRATOS.



PRECIO DE SUSCRICION.

EN MADRID..... Un mes, 8 rs.—Tres meses, 20.—Seis meses, 40.—Un año 80.
EN PROVINCIAS..... Un mes (franco de porte) 10 rs.—Tres meses, 24.—Seis meses, 48.—Un año, 96.
EN EL ESTRANJERO: Un año 120.—EN ULTRAMAR: Un año, 160.

AÑO 3.º

N.º 38.—16 Setiembre 1860.

Este periódico sale todos los domingos.

Se suscribe en Madrid en el establecimiento Lito-tipográfico de D. Juan José Martínez, calle del Arco de Santa María, n. 7.—En provincias en las principales librerías; y enviando directamente á la administracion libranza de fácil cobro ó sellos del franqueo. Un número suelto, 3 rs. vn.

SUMARIO.

Revista de Madrid, por don Juan A. Loren y la Hoz.—En su album, por don José Suero.—Lámpara submarina de Fhon.—Contrastes de amor (poesía), por don José Martín y Santiago.—Pascual Bruno, por A. Dumas (continuación.)—Margarita, por F. (conclusión.)—A la señorita doña A. H. (poesía), por don Antonio Corzo y Barriera.—Elfride—Los celos no nacen del amor, por doña Francisca Carlota del Riego Pica.—Las hadas y sus hechizos: cuentos alemanes por Hans Christian Andersen (cuento sétimo y octavo.)—Soneto, por don L. del Barco.—Bibliografía, por don Ramon Real de Mendoza.—Variedades.

LÁMINAS. Lámpara submarina de Fhon.—María, Madre de Jesus—Vista de la Fábrica de pastas «La Constante», en Pamplona.—Trages de Lima.

REVISTA DE MADRID.

¡Qué lástima! ¡Qué lástima!
¡Qué lástima!!—Crítica de los criticones.—Los Piratas
—La empresa del Príncipe.

Sr. D. R. R. de Mendoza.

Mi querido amigo: ante todo permítame V. que me lamente de que en el número anterior saliera tan mal parada la pobre poesía que publiqué: no solo me encontré en el título una ese que yo no había puesto, sino que la segunda seguidilla tuvo la mala ventura de salir contrahecha; sufriendo un trueca-tintas que me recordó aquello de

«hombre, las flores y peces
son dos personas distintas.»

En vez de decir:

que al venir á este mundo
vi yo la luz
entre un lecho de rosas
y un cielo azul,

poner para martirio del lector

que al venir á este mundo
yo la luz vi
entre un lecho de rosas
y un cielo azul,

es desgracia que solo á mí me ocurre. ¡Y en una composición tan corta! Es como andar dos pasos y quebrarse un pié. Pero dejemos esto, que por ser un contratiempo no debía estrañarme, que no me tienen olvidado, y hagamos la revista.

Advierto á V. que esta revista ha de ser formal, porque yo voy perdiendo el buen humor y no estoy para chanzas. Del circo de Price no diré una palabra, porque ha sido un recurso veraniego del que me he ocupado por bondad.

Ya se han abierto dos teatros, hoy se abre otro, y esto; la llegada de los maniáticos viajeros que han ido á buscar el fresco y las delicias huyendo de él y de ellas; los estudiantes que llegan; los calores que se van; las mil noticias que cruzan sobre trabajos políticos y literarios próximos á darse á luz y el anhelo con que el público los espera, parece que crean cierta atmósfera de laboriosidad que convida al trabajo.

El teatro de la Zarzuela ya sabe V. como todos, que se inauguró con *Los Piratas*, producción de los señores Ri-

vera y Cepeda, autores respectivamente de la letra y la música.

Antes de hablar de ella, debo declarar que de la música, así de esta como de las demás zarzuelas que se ejecuten, no diré mas que lo que diga el público, que en esta dice que es regular: de la parte literaria sí me permitiré emitir mi humilde opinion, que es muy posible sea contraria á la de este respetable juez; y es tan posible que si por ejemplo se pusiese en escena una comedia mia y fuese silbada (peligro que no corro), desde luego sé que disientiría del parecer de los silbantes.

También declaro para en adelante, que no abrigo ni abrigaré la pretension de hacer la crítica de las obras que se ejecuten, porque comprendo que para ser crítico se necesitan muchos títulos, de que carezco. No quiero yo aumentar el número de pedantes y gárrulos criticastros, que revestidos de necia autoridad, fallan tantas veces en materias que no entienden.

Reconociendo que la crítica es la magistratura suprema de la república literaria, deberían solo ejercerla los autores experimentados, de legítima reputación, de verdadero mérito, de indisputable superioridad, y no los eruditos á la violeta: de este modo ganarían los principiantes, las letras y el público. Ganarían los principiantes, porque escuchando con gusto como los consejos de un padre los autorizados juicios de la crítica, aprenderían cuáles eran sus defectos, en dónde encontraron un escollo que no supieron salvar pudiendo hacerlo de tal manera; cuándo se separaron del camino que debieron seguir; y en fin, tendrían en la crítica junto al merecido aplauso un maestro que les sirviera de guía: ganarían las letras, porque fuera ya los críticos de la mezuquina esfera de la envidia, aconsejarían en buena forma, sin hacer nunca uso de la ponzoñosa sátira que anonada mas que corrige, y desalienta mas que aconseja, y no se dejarían llevar nunca del encono personal de la rivalidad grosera ó de la parcialidad que, apoyada en leves faltas de

tiempo y lugar, porque para la acción principal no es necesario ir á Jamáica adonde nos pone el autor por proporcionarnos un gracioso que sea esclavo y negro, pues á no ser indispensables estas dos circunstancias, por solo la de gracioso, de España podía haberse llevado tal, que no hubiera mas que pedir; y en la persona de un criado, que se hubiera salvado con María y Andrés, podía el autor haberse regalado á aquella con la generosidad que Alvarez le cede á Cham para su servicio siendo esclavo y todo, lo cual es un favor que puede valuar en media talega, de la que Alvarez, á quien no se debe suponer millonario, se desprende como de un alfiler solamente porque es español.

De haber faltado así á la unidad de tiempo y lugar por un objeto tan fútil, se deduce que Rivera ha buscado la salvación de su zarzuela en los resortes cómicos, cuando por su índole la tenía en los dramáticos.

De poner la escena en la Pantera, desde el acto primero podía haberse supuesto efectuada la acción en veinte y cuatro horas, haciendo capitán á Andrés el amor de Karina, juntamente con el deseo de aquel de guardar el honor de María, y el temor de ser víctima de los celos de Lobo que eran motivos mas fuertes que las persuasiones de Antonio.

Ya que he nombrado á Karina debo decir que este es un tipo muy mal caracterizado: primero se presenta rencorosa y vengativa, capaz de toda clase de crímenes, y luego se manifiesta buena y generosa, susceptible de las mas altas virtudes haciendo á su rival, por piedad solamente, el sacrificio de su amor. En *Los Amantes de Teruel*, del señor Hartszenbuch, hay un buen modelo de esta clase de tipos, que el señor Rivera no desconocerá.

Pero prescindiendo de lo indicado y examinando la zarzuela tal cual es, debiera haberse motivado la primera narración de Karina, que de buenas á primeras le dice á Andrés. ¿Te estrañas de verme? pues no te estrañe, oye y verás; escucha mi historia. Aparte de que este tipo es exactamente tan inverosímil como el de la reina de *Los*



Lámpara submarina de Fhon.

que ninguna obra humana está exenta, deprime y maltrata duramente producciones acaso dignas de alabanza, dando una triste idea de nuestra literatura; y ganaría últimamente el público, porque, recibiendo con respeto las críticas literarias, se ilustraría y educaría su gusto con ellas.

Pero ya que no es así, á pesar de que personas competentes lo han lamentado antes que yo, aunque á cualquiera le sea dado erigirse en juez, yo que, sinceramente, no me considero apto para serlo, hago saber (como un alcalde-corregidor), que si manifiesto mi opinion, es como una confianza que á V. le hago, como el parecer de un mero espectador, que se reserva, como he indicado, el derecho parlamentario de formular, si llega el caso, un voto particular; pero que no tiene la pretension de erigirse en crítico de nadie ni de nada.

Hecho esto constar, hablemos de *Los Piratas*.

En esta zarzuela, domina á mi parecer el gusto Olona: el primer acto tiene lugar en el país á que el rom dá tanta celebridad, el segundo en alta mar, y el tercero en la Habana.

Con un poco de meditación y con igual trabajo, el primer acto podía haberse representado á bordo de *La Pantera*, como el segundo, recogiendo de una lancha de un buque naufrago, perdida, y á punto de perecer, á Andrés y María; y así hubiera podido conseguirse mas unidad de

Diamantes de la Corona, porque se necesitan las tragaderas del público que en ciertos casos es muy *bonachon*, para creer que los ladrones de tierra ó de mar se degen mandar por una muger, y por una muger hermosa, y no la atropellen en la primer ocasion, y al menos en *Los Diamantes*, la autoridad de la reina se apoyaba en la fuerza y obediencia de su agradecido tío y mayordomo; pero aquí Karina, ¿en qué se apoya para mandar á los piratas? ¿En el amor de Lobo? No se determina bien. ¿En ser descendiente de reyes? No se concibe. ¿En sus riquezas con que compró el buque? Esto no se comprende entre piratas.

La relacion primera de Antonio á los marineros podia haberse hecho á Andrés, con mas oportunidad cuando se trata de persuadirle á que sea capitán, pues con el conocimiento de los proyectos y deseos del tío, se hubiera justificado mas la indignacion del sobrino. Puede ser que el autor la haya puesto antes para despertar mas pronto el interés, ó mas bien la curiosidad, porque interés no tiene mucho la zarzuela que se arrastra lánguida con elementos para despertarle muy grande, porque incitados antes los celos entre Karina y María, se podrian haber obtenido escenas muy interesantes, así como se podria haber sacado mucho mas partido de la abnegacion de Karina al salvar á María, que es un rasgo sublime y que podria haber sido de mucho mas efecto.

En suma, la zarzuela está escrita con talento, pero sin meditacion, muy bien versificada y abunda mucho en ingeniosos rasgos cómicos: los versos que Andrés dice en el tercer acto son magníficos, numerosos y valientes como el carácter de Andrés, que está bien delineado: además tiene detalles preciosos que por ser muchos no copio. Allá vá uno á la ventura, dice Andrés á Karina

que tan linda como fiera
puedes encerrar tu sola
el peligro de la ola,
lo airoso de la palmera.

El carácter del esclavo Cham, es muy cómico, y lo es tambien que consiga su libertad y á su vez mire con altivez y castigue á su esclavo.

Yo creo que Rivera tiene cabeza para la comedia y corazon para el drama, y en resolucion, promete muchísimo como poeta dramático.

La ejecucion toda la prensa conviene en que ha sido inmejorable por parte de Obregon, y en que Calvet, Galvan, Arderius y Cubero, han estado bien respectivamente. La señora Mora, como hacia de mora, tan mora se encontraba que estuvo naturalmente menos católica que de costumbre, en cuanto al trage y nada mas se entiende.

Todo esto, Mendoza, se lo digo á V. en confianza, no lo publique V. porque...

¡Ah!... No quiero concluir sin decir á V. que el programa de la empresa del Príncipe, aparte de la cuestion que se ha movido sobre si fué ó no oportuno decir que no habia sido tan afortunada como con doña Teodora Lamadrid con todos los artistas á quien se habia dirigido; merece los elogios de todos por la sinceridad que manifiesta. Dice: daremos en igualdad de circunstancias preferencia á las obras originales sobre las traducciones, y aseguramos al público que haremos por evitar estas cuanto es posible á una empresa no subvencionada por el gobierno que tiene sobre sí grandes atenciones.

Esta preferencia demuestra interés porque nuestro teatro no sea una sucursal de los de París, como por desgracia se vá haciendo, y honra á la empresa en gran manera, así como que la obra con que ayer se inauguró sea la primera produccion de su autor, puesto que esto parece indicar que está dispuesta á aceptar lo que juzgue bueno proceda de quien quiera.

Y para no estar hablando hasta mañana: Adios y salud.

JUAN A. LOREN Y LA HOZ.

EN SU ALBUM (1).

A la memoria de mi apreciable amigo José Chamorro y Olmo.

I.

El cielo habia entreabierto sus alas creando armonías imposibles de espresar.

Y el sentimiento, vida universal de la creacion, comprendió de sí uno de sus átomos mas espirituales y delicados, una esencia, un ténue perfume que constituye con los otros el aroma poético del Dios Creador.

Y ese átomo, esa esencia, ese perfume se deslizó suave como un suspiro de amor por los dilatados espacios, por las soledades y los desiertos, y queriendo conocer la morada del mal, tocó leve en la tierra y se trasformó en un hermoso jóven, de delicadas formas, ojos de gloria, albo y sonrosado cutis, y frente serena iluminada por los resplandores de la eternidad.

Ese jóven era una flor que apenas crece entre los hombres.

Ese jóven era lo que desde el principio tenia que ser: era un poeta.

Y el poeta se llevó la mano á su corazon y notó que el sublime latir de su pecho era una abundancia de vida que le mataba sin querer.

Y entonces tomó una lira, pulsó sus cuerdas de oro y derramó á torrentes la luz de su alma y la pureza de su corazon. Cadenciosos versos nacieron en seguida.

(1) El jóven á quien van dirigidas estas cortas líneas, ha dejado una coleccion de poesías inéditas que quizás vea la luz pública algun día.

Y el poeta muy luego arrojó sus bellas y correctas poesías á un rincón porque miró con desden la gloria literaria, ese sueño feliz de algunos mortales; porque su gloria estaba en el mundo entero, en la inmensidad, en la luz, en la familia, en la libertad, en la muger...

Pero el poeta empezó á conocer las miserias de los hombres, y creyendo que estos variarian segun las distancias empezó á recorrer diferentes países, solo, como el trovador de la edad media, pero lleno de fé, de entusiasmo é inspiracion como el verdadero genio.

Quizás fuera alejándose de algun amor sin esperanza. ¡Quién sabe!

Porque el poeta, el genio, rara vez encuentra en la tierra su alma gemela, su amor de color de rosa, un corazon como el suyo, porque la fatalidad quizás tenga dispuesto por una de sus inexorables leyes que el genio no se una en esta tierra con lazos mundanales para que luzca mas puro su espíritu infinito.

Y sin embargo, uno de nuestros mas tiernos poetas de este siglo quizás hubiera muerto desconocido sino hubiera bebido su inspiracion en los ojos de su amada...

El Dante tal vez debió su inmortalidad á su amor desgraciado. ¡Quién sabe! ¡Misteriosos contrastes!

El sentimiento del poeta se iba cansando de batir sus alas por el mundo.

Buscaba la belleza absoluta como Zeuxis, y solo hallaba la belleza relativa.

Buscaba la justicia, y solo encontraba la iniquidad.

Buscaba la libertad, y solo encontraba la tiranía.

Buscaba la virtud, y solo encontraba el vicio.

Buscaba, en fin, un cielo en la tierra y esto es imposible.

El poeta conoció que sus alas de oro se rompian en este mundo, que no habia una atmósfera pura donde pudiera estenderlas refulgentes, cual nítido astro de la mañana, é hizo un esfuerzo, y de apartadas tierras voló para cernerse sobre el seno de su familia y vivir á su lado.

¡Ah! Quizás derramase lágrimas su alma en la triste soledad.

II.

Un día el poeta se encontraba postrado en el lecho del dolor.

Su bella cabeza, adornada por largos, sedosos y rubios cabellos se destacaba sobre la blanca almohada.

Un ángel, una sublime hermana de la Caridad, sin toca ni sayal, velaba de continuo á su lado.

Era su hermana querida, que en sus ojos adivinaba los deseos del hermano, y fuerte en su resignacion, alejaba á la cariñosa madre de una escena tan desgarradora.

Al poeta le iba devorando una fiebre lenta y un dolor agudo.

Hablaba poco, pero sus miradas estaban llenas de inteligencia.

Y el sentimiento, fuente de la vida, era su inefable dulzura, porque percibía que los lazos que le detenian se iban desatando insensiblemente.

Y sus miradas tomaron un tinte sombrío y melancólico, que llenaban el alma de opaca tristeza.

Una de sus miradas fué para mí. ¡Sí, tan solo para mí!

Y yo la conservo en mi corazon, como un recuerdo mas entre mis tristes recuerdos.

¡Ah! Si el hombre no tuviera corazon ni conciencia, quizás fuera feliz en el mundo.

¡Qué horror! dirán algunos.

Los latidos de su pulso se iban apagando, cual la luz pálida de una lámpara brillante próxima á extinguirse.

Y sus ojos entonces se entornaron; su cabeza se dobló sobre su pecho, y un adios sublime, envuelto en su última mirada, lanzó al mundo y á su familia.

Y entonces el ángel celeste, la hermana sublime de la Caridad, dióle tambien á su hermano su último beso de amor.

Y el sentimiento voló insensible y magestuoso á ser el perfume de Dios, uniéndose al gran sentimiento de todas las esferas de la vida; á ser, en fin, la poesía de la creacion.

Querido amigo: esa flor delicada, que apenas crece entre los hombres y se llama un poeta, no puede vegetar en esta tierra de maldicion. Por eso no has podido llegar á los treinta años. Descansa en paz, y recibe este recuerdo que te envía la amistad.

JOSÉ SUERO.

LÁMPARA SUBMARINA DE FHON.

La lámina que verán nuestros lectores en la primera plana, es un ingenioso procedimiento para la pesca, inventado por Mr. Fhon. Su mecanismo es de sencillísima comprension: consiste en una barca tripulada por tres hombres: uno dedicado al remo, en la popa: otro se ocupa en hacer funcionar un pequeño cuerpo de bomba aspirante *a a*, que está en comunicacion con el tubo *b* de cuero ó de gutta-percha, cuyo extremo unido á la lámpara por su parte superior, sirve para extraer el humo: el tubo *c e* pegado un extremo al borde de la barca y unido á la lámpara por su parte inferior sirve para la comunicacion del aire que dá vida á la llama *d*; en la cuerda *i* está sujeta la linterna, pudiendo tenerla á la profundidad que acomode, y *h* es el peso que sirve para que la lámpara guarde siempre su posicion vertical: los puntos *g g* son correspondientes á la salida y entrada del aire por los tubos: el otro tripulante lleva una red de manga; cuando los pescados van y vienen deslumbrados por la luz, se interpone la manga en su ca-

mino y quedan presos en ella, y variando la barca constantemente de lugar, se van pescando cuantos peces se levantan de sus camas deslumbrados con el resplandor de la lámpara.

CONTRASTES DE AMOR.

Sin amor una niña
es, yermo frio,
negra noche sin luna,
flor sin rocío,
cuerpo sin alma,
claro sol entre nubes,
fuente sin agua:
arroyuelo perdido
por la maleza,
golondrina sin nido,
dolor sin queja,
hondo suspiro,
corazon desgarrado,
madre sin hijo.

Mas si dulces amores
siente en el alma,
es, cual noche serena,
fresca, estrellada;
sol refulgente,
ramillete de flores,
plácida fuente:

ruiseñor canoroso
que amores trina,
de la tórtola arrullo,
dicha escondida,
suspiro amante,
corazon venturoso,
hijo con madre.

Amame tú, morena,
y juntos siempre,
como quise á mi madre
juro quererte;
con alma y vida,
como quiere á sus hijos
el avecilla:

Como á Dios amar sabe
casto el querube;
como quiere á las auras
la blanca nube;
cual solo se ama,
si prendió amor al pecho
su inmensa llama.

JOSÉ MARTIN Y SANTIAGO.

PASCUAL BRUNO.

Por A. Dumas.

(Continuacion.)

XI.

Segun la promesa hecha á su dama, el príncipe de Carini habia mandado trasladar al reo desde Mesina á Palermo, y Pascual Bruno habia sido conducido con fuerte escolta de gendarmes á la cárcel de villa que estaba situada detras del Palacio Real, contigua al hospital de dementes.

Huía la tarde del segundo día: un sacerdote entró en su calabozo; Pascual, al ver entrar el hombre de Dios, se levantó, pero rehusó confesarse; el sacerdote insistió, pero no pudo persuadir á Pascual que cumpliera con este acto religioso, y viendo que no era posible vencer aquella obstinacion, le preguntó la causa de ello.

—La causa de ello, dijo Bruno, es que no quiero cometer un sacrilegio.

—¿Por qué, hijo mio?

—La primera condicion de una buena confesion es, no solo la declaracion de los propios crímenes, sino tambien el olvido de los de otras personas.

—Indudablemente, y sin ello no hay confesion perfecta.

—Pues bien, dijo Bruno, no he perdonado; mi confesion seria por consiguiente mala, y no quiero hacer una mala confesion.

—¿Será mas bien, dijo el sacerdote, que sean tan enormes vuestros crímenes que temais vayan mas allá de los límites de la remision humana? Tranquilizaos; Dios es misericordioso, y hay siempre esperanza donde hay arrepentimiento.

—Sin embargo, padre mio, si entre la absolucion y la muerte me ocurriese una mala idea que no tengo fuerza de vencer...

—El fruto de vuestra confesion quedaria perdido.

—Es inútil, pues, que me confiese, dijo Pascual, porque me ocurriria ese mal pensamiento.

—¿No podeis ahuyentarlo de vuestra mente?

—Pascual se sonrió.

—Es el que me da vida, padre mio; sin esa idea infernal, sin esa última esperanza de venganza, creéis que me hubiera dejado llevar en espectáculo ante la muchedumbre? No; me hubiera ahogado con la cadena á que estoy amarrado. Estaba decidido á ello en Mesina, é iba á hacerlo, cuando llegó la orden de trasladarme á Palermo. Sospeché que *Ella* queria verme morir.

—¿Quien?

—*Ella*.

—Pero muriendo sin arrepentiros, Dios no tendrá misericordia.

—Padre mio, también *Ella* morirá sin arrepentimiento, porque la muerte le llegará cuando menos lo piense; también *Ella* morirá sin sacerdote y sin confesión, y nos condenaremos juntos.

En aquel momento entró un carcelero.

—Padre, dijo, la capilla está dispuesta.

—¿Persistís en vuestra negativa, hijo mio? dijo el sacerdote.

—Persisto, respondió tranquilamente Bruno.

—Entonces no atrasaré la misa de difuntos que voy a decir por vos, con mas instancias; por otra parte, espero que la oiréis, y el espíritu de Dios vendrá a vos inspirándoos mejores ideas.

—Es posible, padre mio, pero no lo creo.

Los gendarmes entraron, desataron a Bruno, y lo llevaron a la iglesia de San Francisco de Sales que está en frente de la cárcel; allí es donde debía oír la misa de difuntos y pasar la noche en oración, porque la ejecución se había fijado para el día siguiente a las ocho de la mañana. Una argolla de hierro estaba empotrada en un pilar del coro; Pascual fué amarrado a esta argolla por medio de una cadena que le ceñía el cuerpo, y que era, sin embargo, bastante larga para que pudiera alcanzar el umbral de la balastrada donde se arrodillaban los fieles para comulgar.

En el momento de comenzar la misa, unos mozos del hospital de dementes trajeron un ataúd que colocaron en medio de la iglesia y que encerraba el cuerpo de una loca que había fallecido aquel día; el director había pensado que la misa que iba a decirse por el que iba a morir aprovechase también a la difunta. Por otro lado, era una economía de tiempo y de trabajo para el sacerdote, y como esta disposición convenía a todos, no halló oposición alguna. El sacerdote encendió dos cirios, y el sacrificio divino comenzó. Pascual oyó la misa entera con recogimiento.

Después de acabada, el sacerdote se acercó a él para preguntarle si estaba en mejores disposiciones; pero el reo le respondió que, a pesar de la misa y a pesar de la devoción con que la había oído, sus sentimientos de odio eran iguales. El sacerdote le anunció que al día siguiente a las siete de la mañana volvería a preguntarle si una noche de soledad y recogimiento en una iglesia y al frente de una cruz, habían producido alguna modificación en sus proyectos de venganza.

Bruno se quedó solo. Entonces se entregó a una meditación profunda. Delante de su vista pasó toda su vida, desde la edad de la primera infancia en que comienza la memoria a despertarle; buscó en vano en esta edad lo que había podido hacer para merecer el destino que esperaba su juventud. Nada encontró mas que una obediencia fiel y santa a los padres que el Señor le había dado. Recordó aquella casa paterna tan tranquila y feliz, y que de repente, sin que entonces supiera él la causa de ello, se había llenado de lágrimas y dolores; recordó el día en que su padre había salido con un puñal, volviendo a entrar lleno de sangre; recordó la noche en que aquel a quien debía la vida había sido preso y conducido a una capilla, donde lo encontró amarrado como él propio lo estaba ahora. Le pareció que una influencia fatal, un sino caprichoso, una victoriosa superioridad del mal sobre el bien, habían conducido su familia a la desgracia. Entonces buscó en vano en su vida una aparición de la felicidad, y creyendo que en aquel momento supremo le sería revelado algo del eterno secreto, inclinó la frente al suelo, rogando al cielo con todas las voces de su alma, que levantara la punta de tan misterioso velo, mostrándose a él o como padre o como tirano. Su esperanza fué vana. Todo permaneció mudo, menos la voz de su corazón que repetía sordamente: ¡Venganza! ¡venganza! ¡venganza!...

Entonces creyó que la muerte se había encargado quizá de responderle, y que con ese objeto de revelación habían traído junto a él un cadáver; tan cierto es que el hombre mas ínfimo hace de su propia existencia el centro de la creación; cree que todo se refiere a su ser, y que su miserable persona es el eje alrededor del cual gira el universo. Se levantó con lentitud, mas sombrío y pálido de la lucha con su pensamiento que de la lucha con el cadáver, y volvió la vista hacia el cadáver; era el de una muger.

Pascual se estremeció sin saber por qué; buscó las facciones de aquella muger, pero la cara estaba cubierta con una punta del sudario. De repente un recuerdo instintivo le trajo el nombre de Teresa, a quien no había visto desde el día en que había roto con los hombres y con Dios; Teresa, que se había vuelto loca y que hacía tres años vivía en la casa de dementes, de donde salía aquel atahud y aquel cadáver; Teresa, su prometida, con la cual se encontraba quizá al pie del altar, adonde había esperado tanto tiempo poderla conducir, y adonde venían por fin a reunirse por una amarga decisión del destino; ella muerta y el próximo a morir. Una duda mas prolongada le fué insoportable; se adelantó hacia el ataúd para asegurarse de la realidad; pero se sintió detenido por la cintura: era su cadena que no tenía bastante longitud para permitirle alcanzar el cadáver; extendió los brazos, pero aun le faltaban algunos pies para llegar. Miró si había al alcance de su mano alguna cosa para poder levantar la punta del sudario, pero no halló nada; agotó todo el aliento de su pecho para levantar soplando aquel velo, pero este permaneció inmóvil como un pliegue de mármol. Entonces se volvió con un movimiento de rabia íntimo, imposible de describir; asíó la cadena con ambas manos, y de una sacudida para la cual reunió todas sus fuerzas, trató de romperla: los eslabones estaban sólidamente claveteados unos con otros: la cadena resistió. Entonces el sudor de una rabia impotente heló su frente; vino a sentarse al pie del pilar, dejó caer la cabeza entre las manos y quedó parado, mudo como la estatua del abatimiento, y cuando el sacerdote entró al día siguiente, lo halló en la misma postura.

El hombre de Dios se acercó sereno y tranquilo cual convenia a su misión de paz y a su ministerio de reconciliación; creyó que Pascual dormía y le puso la mano en el hombro. Pascual se estremeció y levantó la cabeza.

—Y bien, hijo mio, dijo el sacerdote, ¿estais dispuesto a confesaros? Yo lo estoy a absolveros.

—Voy a responderos al momento; pero antes hacedme un favor, padre mio, dijo Bruno.

—¿Cuál? Hablad.

Bruno se levantó, tomó al sacerdote de la mano, lo llevó junto al atahud, al cual se aproximó él también cuanto su cadena se lo permitía, y después enseñando el cadáver exclamó:

—¿Padre mio, queréis levantar la punta del sudario que cubre el rostro de esa muger?

El sacerdote levantó la punta del lienzo; Pascual no se había equivocado; esa muger era Teresa. La miró un momento con una tristeza profunda, y después hizo señal al sacerdote para que dejase caer el sudario. El sacerdote así lo hizo.

—Y bien, hijo mio, le dijo; ¿la vista de esa muger os ha inspirado sentimientos piadosos?

—Esa muger y yo, padre mio, respondió Bruno, habíamos nacido para ser felices e inocentes; *Ella* la ha hecho perjura y a mí asesino; *Ella* nos ha conducido, a esa muger por el camino de la locura, y a mí por el de la desesperación, a la huesa donde los dos bajaremos hoy... Dios la perdone, pero yo no perdono!

Entonces entraron los guardias que venían a sacar a Pascual para llevarlo al cadalso.

(Se concluirá.)

MARGARITA.

(Conclusion.)

X.

La tarde estaba lluviosa.

El cielo se hallaba encapotado de nubes de color plomizo.

Una lluvia menuda caía a intervalos.

Las calles se hallaban hechas una lástima de lodo.

El aire era frio, pero con ese frio que solo se siente en Madrid.

Era, en fin, una verdadera tarde de invierno.

Porque hemos dado nuestro adiós al blanco pueblecillo de Santa Lucía, a la tranquila bahía, al Mediterráneo, a las auras aromosas, al cielo trasparente, a la noche tranquila, a la placida claridad de las estrellas, y a las flores y armonías del verano.

Ahora estamos en Madrid, el aire hiela, el cielo parece pesar sobre nosotros, en vez de flores pisan nuestros pies sucio lodo, la luz es la luz del gas, las armonías el ruido de los coches o algun desentonado organillo.

Alma mia, tú a quien dedico estos mis pobres cuentos, perdóname el que por un momento haya dejado correr mi pluma, y con tu vena prosigo mi interrumpida narración.

XI.

Había yo estado escribiendo toda la mañana, y aunque había dejado la pluma con ánimo de salir, sin embargo, al asomarme a los cristales de mi balcon para ver el cáiz del tiempo, se me quitaron completamente las ganas de ir a paseo.

Coloqué, pues, una butaca junto al balcon, levanté la blanca cortina que cubria los cristales de la vidriera, y me puse a mirar a través de ellos la gente que pasaba.

Ya he dicho que llovía, así es que era un continuo desfile de paraguas. Pasaban ante mí de todos colores, incluso los encarnados, que tanto prefieren los aguadores, y los patriarcales de amarillento color, bajo los cuales podrian cómodamente albergarse una docena de personas.

Pero preciso es que lo confiese. No eran los paraguas el principal objeto de mis observaciones. Llamábanme mas la atención las bases fundamentales de las transeuntías, segun dice un amigo mio: es decir, que mi vista se complacía en fijarse en un vestido recogido con coquetería para lucir la enagua elegantemente bordada y dejar admirar a los mirones una diminuta botita, cárcel de un pié de niño, y por encima de la botita dos o tres dedos no mas de una media blanca que aprisionaba una pierna modelada a maravilla.

Y como las cabezas de las mugeres que pasaban se ocultaban a mis miradas, por verlas yo desde el balconé ir ellas bajo el paraguas, complacíame en figurarme sus facciones con los datos que me suministraban el talle, el pié, el modo de andar, el color del vestido, etc.

—Esa, me decía a mí mismo, debe ser de azulados y limpidos ojos, de blonda y dorada cabellera, y de tez pálida.

La muger a que me referia iba elegantemente vestida con un traje oscuro de muchos pliegues, un abrigo de terciopelo negro y una preciosa capota también oscura. Llevaba paraguas de color de café, y sus formas delicadas como las de una jóven de quince años, la pequeñez de su pié, a pesar de llevar sobre las botas unos preciosos chanclos, y lo bien dibujado de su pierna no muy desarrollada, justificaban mi hipótesis.

Pero en aquel momento su paraguas se enganchó con el de un pobre viejo, y pude por un instante ver su rostro. Era una negra.

Esto hizo que volviese a dejar caer la cortina del balcon, colocara de nuevo la butaca junto a la chimenea, y me sentase en aquella poniéndome a contemplar las oscilaciones caprichosas de la azulada llama que en esta producía el tronco de leña que estaba ardiendo.

XII.

Mi criado entró.

—¿Quiere el señorito comer?

—Sí, pero no tengo ganas de moverme.

—Está bien.

Colocó en seguida un pequeño velador de maque delante de mi butaca, extendió sobre él una servilleta y me puso el cubierto. Después trajo la comida.

La sopa estaba espantosamente ahumada, el cocido muy salado, el asado quemado por completo, el pan duro, el vino agrio, todo infernal.

Mi aburrimiento creció con esto.

—Juan, dije a mi criado.

—Señorito.

—Trae mi sombrero.

—Aquí está. ¡Vá el señorito a salir de bata!

—Calla y no digas necedades.

Cogí una tarjeta, la partí en seis pedazos iguales, y en cada uno de ellos escribí el nombre de uno de los principales teatros de Madrid. Hecho esto, enrollé los pedazos de tarjeta y los eché en mi sombrero.

—Oye bien lo que voy a decirte, dije a Juan. Vás a sacar una de las papeletas que acabo de echar ahí dentro, y sin decirme lo que pone en ella vás a guardártela: tira las demás sin leerlas a la chimenea.

—Bueno, proseguí cuando hubo ejecutado lo que había dicho. Ahora márchate a la calle, al salir de casa lees lo que pone en la papeleta que te he mandado guardar, será el nombre de un teatro, vas a él, y pides una butaca, tomas la que te den aunque sea mal colocada, envuelves en un papel los billetes y me los traes. Al mismo tiempo tomas una berlina de alquiler por hora, haz que espere en la puerta y dices al cochero a qué teatro ha de ir. La cosa es que yo no sepa adonde voy. ¿Estás?

—Sí, señor.

—Pues anda.

Mientras tanto se había hecho de noche.

Poco después, Juan estaba de vuelta. Me entregó los billetes envueltos en un papel y dijo:

—La berlina espera a la puerta. El cochero sabe adonde ha de ir.

XIII.

Me vestí en un momento y salí. Entré en el coche, me recosté y cerré los ojos para no saber adonde iba hasta el fin.

A los pocos instantes la berlina se detuvo. Abrí los ojos. Estaba a la puerta del teatro del Príncipe.

Entonces desenvolví mi billete. Era un asiento de balcon.

La orquesta estaba aún tocando la sinfonía. El teatro se llenaba lentamente.

Me senté en mi asiento a tiempo que levantaban el telon.

No recuerdo qué drama se representaba aquella noche; pero eso importa poco.

En lo mejor del primer acto, la puerta del palco, que estaba precisamente detrás de mí y que era el único que permanecía desocupado, se abrió, y debieron entrar en él señoras, a juzgar por el ruido de sus vestidos. Una de ellas al sentarse con la manga de su vestido rozó mi cabeza.

Lo natural, lo instintivo en semejante caso, es volver la cabeza, por esa pícara curiosidad que tenemos los hijos de Adán siempre que se trata de las hijas de Eva. Pero, por uno de esos caprichos de mi voluntad, me prometí a mí mismo no volverme para ver las señoras que estaban en el palco hasta que llegase el entreacto.

XIV.

No tuve mucho que esperar. A poco cayó el telon entre nutridos aplausos, pues aquella noche era la primera representación de la pieza que se ejecutaba, y en los estrenos los aplausos son de rigor.

Entonces, libre por fin del compromiso que conmigo mismo había contraído, pude volverme, y apenas me fué posible contener un grito de alegría al reconocer en una jóven que se hallaba en el palco a la niña de Santa Lucía.

¡Qué linda estaba! Sus blandos cabellos parecían formar una aureola de luz a su pálido rostro, y luego aquel rostro, aquella sonrisa, aquella mirada eran la de tus ojos, la que siempre juguetea en tus sonrosados labios, era, en fin, tu melancólico rostro. Llevaba un sencillo vestido de color claro y ningún adorno se veía en sus cabellos.

Me conocí al momento y contesté a mi saludo con una ligera inclinación de cabeza y una adorable sonrisa: en aquel momento me pareció que un ligero carmin subía a sus mejillas.

Las nubes de mi aburrimiento no tardaron en disiparse ante aquella placida sonrisa, nuevo arco iris para mí.

XV.

Salí del balcon y me puse a hablar con varios amigos, hasta que el segundo acto empezó. Entonces volví a sentarme.

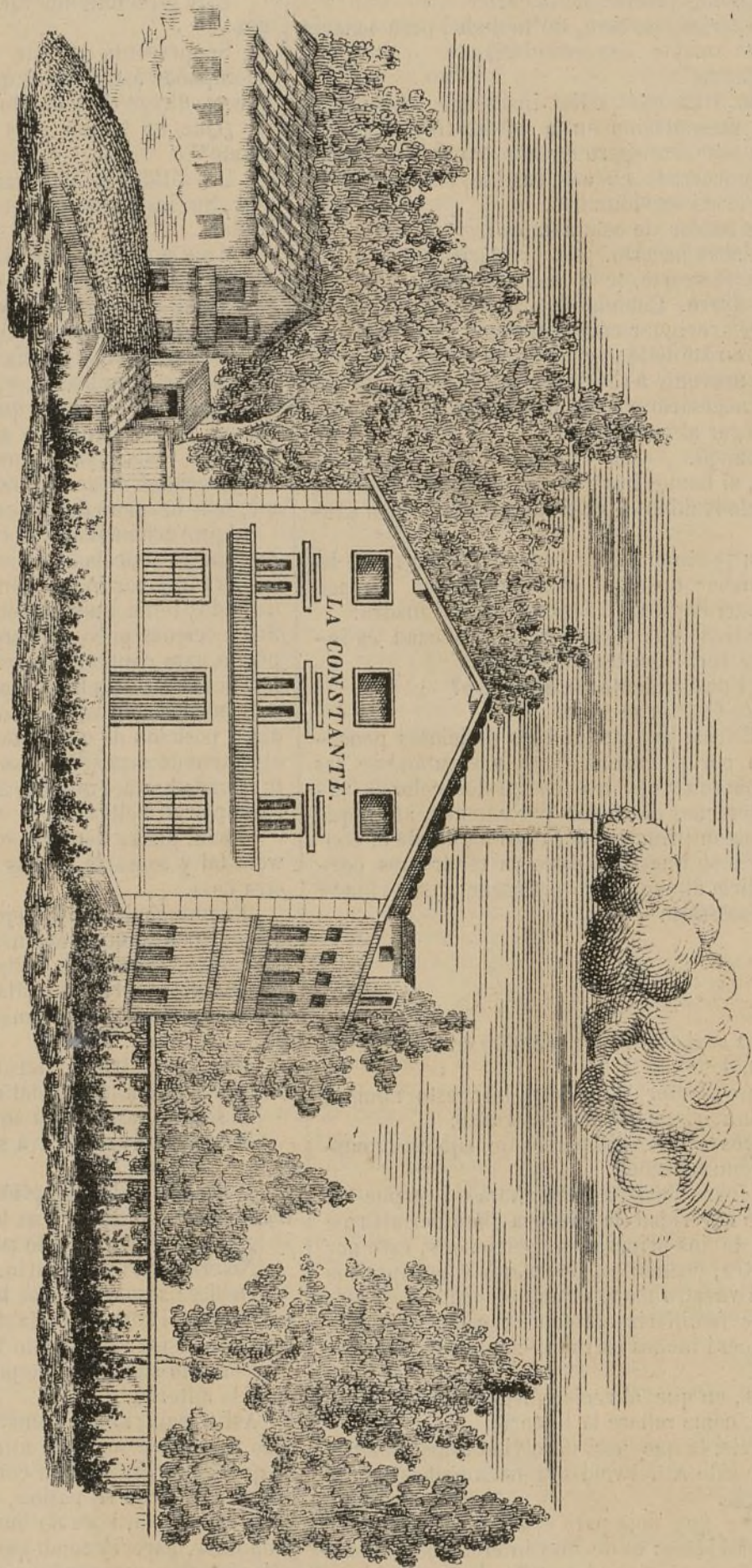
Y en vez de poner mi atención en lo que se representaba, entablé conmigo mismo un detenido interrogatorio.

¿Amaba yo a aquella niña que, antes de entonces, solo había visto una vez? No a la verdad. Lo que yo amaba en ella, no era ella misma, sino tu fisonomía, tu dulzura, tu sencillez; era que sus ojos tenían tu cándida mirada y su talle las lánguidas ondulaciones de tu talle, y su voz la tierna armonía de tu voz. La amaba, sí; pero era porque en ella te veía y te amaba a ti.



MARÍA, MADRE DE JESUS.

VISTA DE LA FÁBRICA DE PASTAS «LA CONSTANTE» EN PAMPLONA.



¿Y me amaba ella? ¿Acaso su alma era hermana de tu alma, ó era tu alma misma y se veía por necesidad obligada á amarme como tú me amabas? ¿Cómo responder á esta pregunta?

Traté de averiguar su nombre, y bien pronto, por la conversacion que tenía con la señora que la acompañaba, supe que se llamaba Margarita.

En el entreacto no me moví de mi sitio, solo con el objeto de poder oír su voz. Pero bien pronto dejé de oír, pues comenzó el tercer acto del drama.

Terminado este, tu *parecida* se puso su abrigo y salió del palco con la señora que estaba con ella. Hubiera querido saber dónde vivía; pero subieron á un coche y me fué imposible encontrar ninguno de alquiler.

No estando ella, el teatro me pareció desierto; así es, que bien pronto me dirigí á mi casa.

Y aquella noche tuve uno de esos sueños deliciosos de ángeles, flores, hadas y praderas, que arrullan nuestras noches en la niñez.

XVI.

Pasaron algunas semanas sin volverla á ver.

Llegó la primavera coronada de flores, con sus aromas y sus armonías.

Una tarde volvía yo lentamente de paseo hácia mi casa, solo y distraído.

De pronto llegaron á mí los sonidos de un arpa.

Era el preludio de la plegaria de *Otello*.

Luego una voz entonó sin esforzarse, pero con sin igual maestría y dulzura, aquel dulcísimo canto, tal vez el mas lleno de sentimiento que ha escrito Rossini, canto que mas bien parece de Bellini por la melancólica ternura que rebosa.

Me detuve y presté el oído, porque aquella voz era tu voz ó la de Margarita.

Terminada la plegaria, la que cantaba dejó aun por algunos momentos vagar sus dedos por las cuerdas del arpa. Despues todo quedó en silencio.

Pero á un balcon de un piso principal se asomó á los pocos momentos de haber cesado el canto una jóven vestida de blanco.

La luna daba de lleno en aquella fachada, y á su luz reconocí á Margarita, y como la calle quedaba en sombra, pude sin ser visto contemplarla á mi sabor.

Se hallaba mas pálida aun que las otras veces que la habia visto: en su rostro se notaban las huellas de la enfermedad ó del sufrimiento, tal vez de ambos. En aquel momento, y vista á la luz de la luna, tenía algo de diáfano y de incorporal, y pensé que era un alma que se preparaba á abandonar su forma corpórea.

Y á este pensamiento sentí contraerse dolorosamente mi corazón.

XVII.

Despues de largo rato de contemplar á Margarita me alejé con el pecho oprimido y angustiado.

Encontré á mi paso la puerta de una iglesia y entré en ella.

La nave estaba sumida en la oscuridad y el silencio: solo habia dos velas encendidas en el altar mayor, además de las lámparas.

Me arrodillé en lo mas oscuro y oré fervorosamente pidiendo al Señor no llamara á sí tan pronto á aquel ángel.

Porque habia en mí una voz que me decia que era la última vez que debia ver á la pobre niña. Era la voz del presentimiento.

XVIII.

Desde entonces con frecuencia se presentaba á mi mente la imagen de Margarita, y cada dia se me aparecia mas pálida y aérea.

En vano quise volverla á ver: en vano pasé repetidas veces por frente á su casa.

Llegó el verano mientras tanto y me fué preciso marchar de Madrid. Y me fuí poseído de profunda tristeza por no haber logrado ver á Margarita, y porque sentia que no la veria mas.

Volví en cuanto llegó el otoño.

Ni las distracciones del viaje, ni la variacion de costumbres y género de vida, ni mis escursiones campestres: habian logrado desterrar mi preocupacion.

Y la imagen de Margarita habia seguido presentándose á mí, y cada vez mas incorpórea y mas diáfana.

Una noche, despues de oír *La Sonámbula* en el Teatro Real, habia vuelto á mi casa y me habia acostado. Pero no podia cojer el sueño.

Por no sé qué série de ideas, vino á fijarse mi pensamiento en la pobre niña de Santa Lucía, y vi retratarse su imagen en el espejo de mi recuerdo. Sus ojos tan parecidos á los tuyos, me dirigian una mirada tan triste, que sin saber por qué me sentí conmovido. Y luego su sombra fué lentamente desvaneciéndose como una gota de agua que se evapora en el aire.

XIX.

Pocos dias despues leí en el *Diario de avisos*:

«La señorita doña Margarita N... ha fallecido el dia... etc.»

Este fúnebre anuncio no fué para mí una sorpresa. Me hallaba convencido de que la triste mirada, que la sombra de Margarita me habia dirigido, era una mirada de despedida.

Pero dos cosas llamaron mi atencion en el anuncio. En primer lugar, la fecha del fallecimiento de la jóven coincidía perfectamente con la última vez que su imagen se me habia aparecido.

Además, al lado de su nombre, veía yo tu mismo apellido.

Esto fué para mí un rayo de luz.

La pobre niña que tanto se habia parecido á tí, y que tenia tu mismo apellido, no podia ser sino tu hermana. Y entonces recordé que alguna vez me habias dicho que tenias una hermana en las Salesas Reales.

Pocos dias despues, te ví vestida de luto.

Yo amaba á la pobre niña, al ángel que habíamos perdido, con el cariño de un hermano, con una parte del amor que sentia hácia tí, y que se extendía hasta ella.

Por eso cuando me fué dado llegar hasta tí, en vez de mitigar tu dolor con vulgares consuelos, lloré contigo.

XX.

Has querido saber cómo conocí á la pobre Margarita.

Para complacerte he escrito estas líneas.

No dudo que su lectura haga brotar una lágrima de tus ojos, al recordarte la niña de Santa Lucía.

También yo al escribirlas, he sentido correr mi llanto.

F.

Á LA SEÑORITA DOÑA A*** H***

EN SU ALBUM.

¿De qué á la riqueza le valen sus dones?

¿De qué á los blasones
su brillo sin par?

¿De qué á las hermosas su vana belleza,
si hechizos el tiempo, y orgullo, y riqueza,
con soplo de fuego marchita al pasar?

Desdeña esos triunfos que el mundo pregona,
su altiva corona

no es mas que oropel;

y el alma que en ellos la gloria resume
es árbol sin fruto, sin flor ni perfume,
inútil adorno de estéril vergel!

Un ser hay tan solo que pobre de galas
estiendo sus alas

del mundo en redor;

mas nunca la parca destruye su vida,
que el cielo es su cuna, y en él nos convida
con dichas eternas y eterno esplendor.

¿Quién es, me preguntas, el ser misterioso,
que brinda el reposo,

y aleja el pesar?

¿Por qué ante sus plantas atónito el mundo
tributo no rinde, si tanto es fecundo
su aliento en placeres que no han de acabar?

¡Bendito ese influjo que goces reparte!
¡No basta á cantarte
mi toseco laud!
Vision cuyas glorias el mundo no advierte,
mil veces dichoso proclamo al que verte
consiga en la tierra, celeste *Virtud!*

Del manto de nubes do envuelta caminas
tus formas divinas
oculta el doblez;
ni brillas altiva, ni frívola cantas,
mas ¡ah! con tu aroma purísimo encantas
á aquel que lo aspira de cerca una vez!

ANTONIO CORZO Y BARRERA.

ELFRIDE.

I.

El castillo de Devoushire era un palacio encantado, era un verdadero paraíso.

Acompañadme, amable lector, y os diré por qué.

Figuraos ya conmigo dentro de su recinto: sus habitaciones están adornadas con magnificencia; pero no hagais caso de esto; no repareis tampoco en el brocado y sedas de las colgaduras, por mas que sean dignas de llamar la atención; no aspireis la fragancia de los perfumes que se que man en ricos pebeteros, ni os detengais á contemplar esas pinturas de que están llenas las paredes, ni estrañéis, en fin, el lujo y riqueza que despliega allí el mas refinado gusto: admirad solamente á una bellísima jóven, que se reclina en un cómodo sillón, entregada completamente en manos de sus doncellas, que hacen su tocado.

¿Sabéis quién es?

Es Elfride, la hija del conde de Devoushire.

Ya la veis; apenas cuenta diez y ocho años, y os debe parecer encantadora.

Teneis razon. Elfride es la criatura mas hermosa de Inglaterra, porque habeis de saber, que el castillo que estamos visitando está enclavado en los dominios del rey Edgar, y habiendo Elfride nacido en él, es sin remedio inglesa.

Ya creo, lector, adivinar el pensamiento que os domina desde que os he hecho conocer la procedencia de mi heroína, y si es como lo sospecho, os aseguro que no teneis razon para dudar de mis palabras.

Es cierto que Elfride es inglesa; pero convenid conmigo en que parece una española, y si no decidme: sus hermosos ojos negros, ¿no tienen cierta semejanza con los ojos árabes, tipo hechicero que domina en nuestras hijas del Mediodía? ¿Su cabello de azabache, que en fuerza de ser brillante aparece con un tinte azulado opaco, tiene algo de inglés? ¿Y su diminuto pié? ¿La esbeltez de su talle, sus mórbidos hombros, la pequeñez de su boca, el coral de sus labios, tantas gracias, en fin, como se aunan en ese rostro celestial, no están diciendo que es el sér mas encantador que imaginar puede la enamorada fantasía?

Además, ya oíreis, lector, á sus doncellas como dicen á porfía, que es la mas linda jóven del reino británico.

Convenid, pues, en que es muy bella. ¿Qué perdeis en complacerme, uniendo vuestro voto al mio?

Ahora bien; supuesto que estamos de acuerdo en lo principal, lo estaremos tambien en que, como os decia al comenzar mi historia, el castillo que habita Elfride, en compañía de su padre y servida por una docena de doncellas y criados, era un verdadero paraíso.

Tampoco estrañareis que todos los *don Juanes* de aquella época formasen empeño en conquistar el corazón de una muger, de cuya hermosura se hizo lenguas bien pronto toda la comarca, llenando luego con su fama las ciudades todas del reino, inclusa la populosa Londres; mas lo que conviene que no ignoreis es, que la formal insistencia de aquellos á quienes pudiéramos llamar *Lovelaces*, si este apellido se hubiera conocido entonces, se estrellaba ante la prudencia con que el conde creía obrar cerrando á todo el mundo las puertas de su castillo.

Esto no obstaba, ó para decirlo mejor, esto era causa de que Elfride calificase de tiránico el proceder del autor de sus dias, raro atrevimiento en una jóven que se decia bien educada; pero disculpable, porque, como ella misma repetía sin cesar, era una arbitrariedad y hasta una inconveniencia tenerla reclusa cuando alcanzaba ya sus diez y ocho años, que es la edad mas propia para tomar estado.

Oigamos el diálogo que la poco resignada niña sostenia con una de sus doncellas favoritas luego que, concluido el tocado, hubo despedido á las otras con un ademán de reina:

—Os digo que estais bellísima. Ese tinte melancólico que hoy se nota en vuestro semblante, realza doblemente vuestras gracias.

—¿Y de qué me sirve la hermosura, Clarisa? ¿Para qué adornarme con estas joyas? ¿Imagina acaso mi padre, que me entusiasmo contemplando las riquezas que con profusion amontona en los mil objetos que diariamente traen para mi adorno, ó cree que satisfago los deseos del alma recreándome en esos espejos, porque multiplican mi hermosa figura?

—¡Ah! no digais eso, Elfride. Un día llegará en que mi lord presentará á su hija en la corte para que sea el asombro de ella.

—¿Cuánto tarda, Clarisa, en llegar ese día! Oye, ¿sabes tú para cuando espera?

—Lo ignoro; pero considero natural que suceda pronto.

—El cielo te oiga; aunque, considerando mi edad y á creer en vuestras lisonjeras frases, debo suponer que ya tarda mi presentación en la corte.

Ya observareis, lector, que Elfride no sabia disimular, el deseo que tenia de ostentar su belleza ante las personas

que pudieran admirarla. Nada mas natural: además, si estaba un tanto pagada de su hermosura y no era por lo tanto su principal dote la modestia, era disimulable este defecto, en gracia de las que poseia. ¡Era tan linda!

Clarisa le contestó:

—Os espera un brillante porvenir. La rica heredera de un título ilustre, que reúne á sus blasones tantas riquezas y hermosura, no puede menos de ser un partido á que aspiren los mas elegantes jóvenes de la corte.

—Bien, bien, Clarisa; eso será, no lo dudo, pero todavía no es. Si tú fueses amable... te insinuarías...

—¿Qué me ordenais?

—Ordenarte no. Digo que podias insinuarte con mi padre acerca de mi presentación en la corte, tú que posees su confianza. Oye, me desespero cuando veo que mis mejores años los paso encerrada en este castillo, sin ver á otras personas que las de mi servidumbre.

—No sé si debo hablar de esto á mi lord.

—Sí, Clarisa, debes hacerlo. ¡Me prestarías un servicio tan señalado! De otra suerte, te lo aseguro, voy á enfermar.

—Bien, lo ensayaré. Cuando se presente una ocasion propicia procuraré averiguar cómo piensa vuestro padre.

Aquí llegaban en su diálogo cuando un criado apareció en la puerta para prevenir á Clarisa de parte del conde que preparase todo lo necesario para el hospedaje de un jóven que acababa de llegar al castillo.

Y el criado se alejó.

—Ved, Elfride, si hemos hecho bien en engalanarnos. De esta manera el reciénvenido os verá deslumbradora en gracias y riquezas.

—No dices mal; ¡y sin embargo, son aquí tan raras las visitas! Creo no haber conocido mas que dos en los seis años que van transcurridos desde la muerte de mi madre.

—Yá, pero esto tiene que variar. A vuestra edad es indispensable que esa reclusion tenga término.

—¿Quién sabe el pensamiento de mi padre?

Estando en esto, Clarisa se alejó.

Mientras que Elfride se entrega á los deliciosos pensamientos que vagan por su imaginación, presentándole las situaciones de su porvenir con los mas gratos colores, vamos nosotros á enterarnos de ciertos pormenores, antes que ella penetre en el salón principal del castillo, donde el conde acaba de recibir á su huésped, pues ya tendremos ocasion despues de salirle al encuentro y presenciar su primera entrevista con el forastero.

II.

El personaje que acababa de ser recibido en el castillo, se llamaba Athelwold.

Casi estoy seguro, lector, de que al leer este nombre dejais escapar involuntariamente esta pregunta:

—¿Por qué no presentar á este personaje bajo otro nombre de mas fácil pronunciación?

Si mi sospecha fuese fundada, leed ahora mi respuesta.

—Sigo con harta severidad la historia para permitirme variar los nombres de los principales personajes, esto por una parte; y por otra, cuando considero que si pronunciáis frecuentemente y á vuestro modo el nombre de Athelwold, tendreis por fin que familiarizaros con él; comprendo que de cada vez os parecerá menos estraño, con lo cual se hace inútil la variación.

Quedamos, pues, en que el recién llegado seguirá llamándose Athelwold, como refiere la historia.

Y vos no olvidareis, lo que por un olvido imperdonable iba yo á omitir, que este Athelwold era nada menos que el favorito del rey Edgar.

Ahora permitidme que deje para ocasion mas propicia el informe de sus cualidades: es de mas interes que conozcáis las causas que le conducian al castillo de Devoushire.

Reinaba á la sazón en Inglaterra Edgar, jóven de veinte á veinticinco años, de hermosa figura, y tan estremadamente inclinado al bello sexo, que no habia ciudad alguna, ni aldea en su reino, donde no apareciesen sus satélites en pretension de alguna beldad, si la fama de su hermosura habia llegado hasta los oídos del monarca. Y pensar que este reparase en sacrificios ó inconvenientes una vez encaprichado por una dama, era pensar en lo imposible.

La sacrilega accion que cometió este rey con una religiosa llamada Editha, de quien se habia enamorado, y su risible aventura con Elfrida la bella, de las cuales habla la historia, demuestran así la incontinencia de Edgar, como su ningún reparo en atropellarlo todo con tal de satisfacer sus gustos.

Con estos antecedentes, fácil es ya concebir la impresion que causarían en el ánimo del rey las alabanzas que diariamente y en su presencia se tributaban á la belleza de Elfride.

Quién celebraba sus gracias comparándola con los ángeles: quién consideraba menos bellos sus hechizos que su corazón y sentimientos; y quien, finalmente, decia que siendo la mas divina de las criaturas estaba llamada á ser la compañera de S. M.

Bien se os alcanzará, lector, que en casos tales, siempre se concede algo á la exajeración, mas en el presente, os consta lo mismo que á mí, que se decia verdad en el relato de la hermosura de Elfride; y como sabemos que no era necesario tanto para impresionar al rey, debemos presumir fundadamente que ardía ya en deseos de conocerla, si no es que iban mucho mas lejos estos deseos.

Es lo cierto, que Edgar se dió prisa á llamar á Athelwold su favorito, encomendándole que poniéndose en camino para las tierras de Devoushire, se informase si era tal como se aseguraba la belleza de la hija del conde, y en este caso, que en su nombre invitase al padre á presentarse con Elfride en la corte.

Tal era el motivo que Athelwold tenia para visitar el castillo del conde, motivo que se guardó muy bien de es-

plicar á nadie hasta conocer y despejar su situación.

Como su nombre era conocido al dueño del castillo, le fueron desde luego franqueadas sus puertas, y se le hizo un recibimiento tan cortés como lisonjero.

Si Athelwold pretestó llevar un encargo del rey para alguno de los castillos circunvecinos, el conde no hizo alto en ello, pues como buen cortesano se desentendió de esta idea, y rogó al favorito que honrara su casa algunos dias.

Este ofrecimiento fué aceptado por el favorito de buen grado.

Se presenta en este momento, lector, la ocasion de acompañar á Elfride, á quien ha mandado llamar su padre, que se dirige al salón donde la esperan este y Athelwold.

¿Qué es lo que pasa en este instante por la hija del conde?

Los latidos de su corazón son precipitados como sus pasos. Su semblante destella una alegría difícil de disimular.

Y sin embargo, Elfride no ha visto aún al favorito.

Este por su parte, en cuanto siente los pasos de la niña se adelanta á recibirla, y galante y obsequioso se ofrece á sus plantas á la usanza inglesa de aquel tiempo.

Pero Athelwold no ha reparado todavía en Elfride.

Pónese á contemplarla, y, preciso es decirlo, queda mudo por algunos momentos queriendo contener hasta la respiración. De tal manera le encanta la belleza de la jóven, que acaba de verla y ya la ama con entusiasmo, con delirio. Le ha parecido Elfride tan hermosa como realmente es, es decir, mas hermosa de lo que la habia soñado.

Aprovechémonos nosotros, lector, de esta impresion para dar cuatro pinceladas al retrato de Athelwold.

Era el favorito un hombre como de treinta años, alto, delgado; tenia buen color, ojos azules y cabellos rubios. Sus facciones poco proporcionadas no eran las mas á propósito para cautivar el corazón de una niña, porque no era hermoso, pero los finos modales, de que supo hacer uso en esta primera entrevista, su elegancia, su fausto y la envidiada posición de que gozaba en la corte, le daban cierto atractivo de mas seducción para la hija del conde, no acostumbrada hasta entonces á recibir los homenajes que merecia por su belleza.

Nada, pues, tiene de estraño que á pesar de ser Athelwold tal y como le hemos descrito, le pareciera á Elfride otra cosa.

Examinábale con los ojos de la imaginación: las prendas personales que podian interesar su alma quedaban oscurecidas, y solo veia el boato con que se presentaba, su galante proceder, y la brillante palabra *favorito*, que representa mas de lo que realmente vale; así es, que á Elfride le pareció... bien.

Dos horas transcurrieron acaso, en una conversacion animada, que á la hija del conde le parecieron minutos.

Y sintió que pasaran aquellas con tal velocidad.

Y deseó volver á ver á su huésped para examinarle mas detenidamente.

Y cuando se le cumplió este deseo ¡notó que se encontraba con tanto gusto a su lado!

¿Se interesaba en ello su corazón?

No era fácil averiguarlo.

Debíase sospechar mas bien que Elfride se dejaba guiar por la necesidad que tenia de respirar otra atmósfera que la de su reclusion, anhelando los goces propios de su edad.

Por esto sin duda, le parecia bien todo lo que no fuera su vida anterior.

Así transcurrió una semana, al cabo de la cual, enamorado Athelwold mas que nunca de Elfride, y en la creencia de que su cariño obtenia correspondencia, se atrevió á hablar al conde de su pasión, pidiéndole la mano de su hija.

Y como esta, lejos de mostrar repugnancia á semejante propuesta, pareció como que le halagaba hasta el punto de cifrar en ella su dicha, el conde accedió gustoso y á los pocos dias se celebró el matrimonio en la capilla del castillo, aunque con escasa ostentación porque se quiso tenerle secreto hasta que Athelwold obtuviese el beneplácito que se proponia pedir al monarca.

Solo quince dias pudo permanecer el favorito al lado de su esposa: transcurridos estos, se vió precisado á volver á la corte para dar cuenta de su comision.

Ya supondreis, lector, de qué manera la daría.

Manifestó á Edgar que solo las riquezas y lo ilustre del linaje del conde daban ocasion para que se atribuyese á su hija una belleza que no tenia. Con estas y otras estudiadas frases, consiguió Athelwold desimpresionar al rey, respecto á la hermosura de la que ya era su muger, de tal modo, que no volvió á hablarle de ella.

Pasado algun tiempo, el favorito que tenia formado su plan, se presentó al monarca pidiéndole permiso para dirigirse sus obsequios á Elfride y solicitar su mano, una vez que, decia él, si su alcurnia y riquezas no eran bastantes á llamar la atención de un rey, eran sin embargo, suficientes á satisfacer las aspiraciones y honrar á cualquiera de sus súbditos por mas elevada que fuese su posición.

Creyó Edgar sinceramente al cortesano, y le concedió lo que reclamaba. Este, habiendo salido mejor que esperaba de este mal paso, se dió prisa á trasladarse á Devoushire, donde celebrando con magnificencia y dando á luz su enlace, creyóse el mas feliz de los hombres con la posesion de aquella criatura divina, luz y encanto de sus horas, cuando se ponía á considerar en el resultado que podia haber tenido la burla de que habia hecho juguete al confiado Edgar.

Algunos meses permaneció en esta ocasion al lado de su esposa, de quien cada dia se mostraba mas enamorado; mas llegó un dia en que su posición en el palacio de Edgar le llamó de nuevo á la corte, y tuvo que abandonar otra vez á Elfride, no sin experimentar un estremado sentimiento.

Bien hubiera querido Athelwold complacer á su esposa, llevándola en su compañía, pero nadie mas que él podia comprender los inconvenientes que se oponían á este deseo, ni lo que arriesgaba presentándola en la corte; por

esto se guardó muy bien de hacerlo, procurando conveni-
erla de su pronto retorno.

Elfride quedó por lo tanto al lado de su padre, esperan-
do la vuelta de Athelwold.

(Se concluirá).

LOS CELOS NO NACEN DEL AMOR.

Se dice generalmente que no hay amor sin celos, aun-
que todo el mundo conviene en que pueden existir celos
sin amor.

Yo creo, sin embargo, que el verdadero amor no los
consiente, mucho mas aún, que los hace imposibles.

La desconfianza escluye al amor, no caben el uno con la
otra.

Si de esa pasión á la que todo lo creado rinde tributo,
que todos conocen y han sentido con mas ó menos fuerza,
según la mas ó menos sensibilidad con que Dios ha dotado
su alma y la mas ó menos delicadeza que ha hecho brotar
en su corazón, pasamos á los demás afectos de la vida, ve-
remos facilmente que no hay un solo sentimiento en nues-
tras almas, que pueda crecer sincero, ardiente y vigoroso
á la sombra de la menor desconfianza.

Si tratamos á un amigo que por cualquier motivo nos
ha dado derecho á dudar de su lealtad para con nosotros,
nuestro afecto hacia él se entibia y si continuamos dándole
ese nombre, que en sociedad las mas de las veces nada sig-
nifica, en el fondo de nuestra alma le negamos todo senti-
miento, todo afecto.

Porque una vez faltos de la confianza que nos inspiró,
nuestra simpatía se entibia y nuestro cariño disminuye.

Si prescindiendo de los sentimientos fijamos en otro
punto nuestras miradas, hallaremos que la confianza mútua
es la llave, el fiador y la salvaguardia en todas nuestras ac-
ciones.

Queremos depositar nuestro capital para ponerle á cu-
bierto de un robo ó un incendio y acudimos llenos de fé á
tomar informes entre las personas que puedan satisfacerlos,
del comerciante mas probo, del mas honrado, del que ofre-
ce mayor confianza, y depositamos en su casa nuestro caudal
sin temor alguno.

Pero un rumor cualquiera hace llegar á nuestro oído
que su reputación no es tan sin tacha que pueda estar en-
teramente á cubierto de los maldicientes, y temblamos y no
vivimos ni reposamos un momento, hasta que arrancamos
de sus manos nuestra fortuna, nos falta la confianza y no
estamos tranquilos hasta recobrarla.

Tomamos un criado, estamos satisfecho con él, le con-
fiamos nuestra casa y nuestra fortuna; los informes que nos
dieron fueron excelentes, su conducta en el tiempo que lle-
va á nuestro servicio ha sido honrada, y descansamos en él
llenos de fé.

Pero un día advertimos que sus cuentas no son tan cla-
ras ni tan precisas como al principio, que no es fiel, y em-
pezamos á desconfiar y no estamos tranquilos ni nos atre-
vemos á dejarle solo en nuestra casa, y en fin, procuramos
sustituirlo por otro que llene las circunstancias que él no
puede llenar desde el momento en que nos asaltó la des-
confianza.

Como éstos pudiéramos citar millares de ejemplos, pero
bastan los anteriores á mi propósito.

Si para todo es necesario la confianza, ¿qué precisa no
será para entregar nuestro corazón?

Ahora bien, el amor puro y verdadero no puede existir
cuando la mas pequeña desconfianza viene á herirle.

Y los celos propiamente dichos no existen tampoco.

Si son fundados, son una ofensa que de hecho hemos re-
cibido y que tiene su nombre propio, podemos llamarla
traición, ingratitud, como queramos.

Si no son fundados, entonces son una ofensa que infe-
rimos al objeto amado, y debe llamarse desconfianza, fal-
ta de fé.

Para amar en la verdadera y sublime acepción de la pa-
labra, es necesario, de todo punto preciso, que el objeto de
nuestro amor sobrepase de los demás, siquiera no sea mas
que á nuestros ojos, que no reconozcamos en él las miserias
que con tanta frecuencia vemos en el mundo, que tenga á
nuestra vista esa superioridad, esa grandeza, que nos hace
distinguirle y amarle, en una palabra, que sea digno, que
sea amable bajo todos conceptos.

Desde el momento en que reconocemos en él defectos
en que no habíamos reparado, desde el instante en que no
le juzgamos superior á los demás, nuestro entusiasmo se
entibia, nuestra pasión languidece y el amor decae, porque
el objeto amado deja de ser amable á nuestros ojos.

Sin embargo, es un hecho indudable que ese sentimen-
to, ó como algunos la llaman, esa pasión, existe entre los
amantes, puesto que hemos visto que ha conducido á mas
de un desacierto y que ha consumado algunos crímenes.

Pero no nace del amor.

Esto es lo que pretendo probar, y suplico un poco de
indulgencia acerca de mi opinión, si no está en armonía con
la de mis lectores, pues si bien es cierto que tengo mi ma-
nera particular de ver y de juzgar, también lo es que no
pretendo sentar como principios mis opiniones, y que res-
peto las de los demás cuando no están conformes con las
mías.

Los celos, pues, á mi pobre juicio, pueden nacer de dos
sentimientos opuestos, esto es, de un exceso de amor pro-
pio, ó de una falta absoluta de él.

En el primer caso, yo en vez de celoso llamaría egoísta
al que se deja arrastrar de ellos.

Y en efecto, ¿qué son los celos mas que un egoísmo re-
finado, que no tolera, que no puede consentir, que otro me-
rezca lo que merecemos, que otro alcance lo que alcan-
zamos?

En el segundo, son por el contrario el sentimiento, la
conciencia, á veces errónea, de que valiendo menos que
otro cualquiera, hay un derecho á posponernos á los demás
y hacerles merecer lo que nosotros no merecemos.

En el primer caso son un tormento que ofende nuestro
orgullo, que lastima nuestra vanidad, que hiere nuestro
amor propio.

En el segundo, son un martirio sin nombre, que nos re-
baja á nuestros propios ojos, que nos advierte nuestra pe-
queñez y nos señala nuestra impotencia, son en fin, envidia,
tristeza y pesar del bien ajeno.

Tal vez se me dirá que muchos hombres que no se atre-
verían á poner á riesgo la mas pequeña cosa que pudiera
comprometer su fortuna ó su bienestar, entregan al acaso
su corazón, es decir, su existencia toda, sus esperanzas, su
porvenir, su felicidad, sin exigir garantía alguna.

Esto podrá ser cierto, no negaré que podemos engañar-
nos en la elección del objeto amado, y desde luego convengo
en que la pasión que ciega nuestra inteligencia, que avasalla
nuestra razón, no suele ser el mejor consejero para hacer-
nos observar una conducta prudente y justa y que puede ha-
cernos caer en lamentables errores.

Pero nadie me negará tampoco que nuestro engaño
para entregarnos á un sentimiento que luego ha de con-
vertirse en una pasión, debe ser completo y absoluto.

Cuando vemos claro, no amamos ya.

La razón ha recobrado su imperio, el desencanto ha su-
cedido al amor.

Después de haber sufrido esta transformación es cuando
nacen, cuando solo pueden nacer los celos.

Es decir, que comienzan cuando el amor ha termi-
nado.

La impaciencia del amante, el temor de perder el bien
que posee, es justa y es legítima; ella enaltece al amor
mismo; pero lejos de inspirar celos, infunde en el alma la
noble idea de crecer en estimación á los ojos del objeto ama-
do, no por medio de una desconfianza que la ofende y le
mata, sino por nuestra adhesión, por nuestro sincero em-
peño y nuestra completa abnegación.

El que en cada hombre vé su enemigo, el que en su cie-
go egoísmo no hace distinción del valer y cree ser engañado
á cada instante, á mas de dar una pobre idea de sí mismo,
ofende é injuria sin cesar á quien dice que ama.

Pobre idea de sí, porque con sus temores se declara in-
ferior á los demás cuando les cree dignos de quitarle el
bien que no sabe merecer.

Injuria á quien ama, porque le cree capaz de confundir
lastimosamente á todos, y no saber apreciar el verdadero
mérito, los sacrificios, las grandísimas é inmensas diferen-
cias que existen de un alma á otra.

Quien duda, carece de fé; el que carece de fé, no pue-
de amar; porque el amor no puede existir cuando un átomo
de duda viene á herirle.

Los celos que nacen del egoísmo ó del amor propio, son
patrimonio del hombre que, acostumbrado á dominarlo to-
do, á que todo se doblegue á su poderosa voluntad, algunas
veces contrariada, pocas vencida, no puede sufrir que otro
le arrebathe el cetro, ó le dispute la primacía.

La muger, por lo general, siente solo esos celos que
marcan su impotencia, que demuestran su rencorosa envidia,
su tristeza y su pesar de que otra las arranque el bien
que no han sabido merecer ni conservar.

Pero en cualquiera de esos casos ¿qué aspecto tan triste,
tan ridículo y á veces tan repugnante no presenta un
celoso!

Almas mezquinas que no saben olvidar una ofensa, per-
donar una injuria, ni tienen valor para arrojar un objeto
indigno de su corazón, aunque para ello sea preciso des-
garrarle.

Cuando nacen los celos, lo repetimos, el amor ha
muerto.

Si creemos continuar amando nos engañamos á nosotros
mismos, porque lo que nos hace esperar recuperar el lugar
perdido, lo que nos hace desear ejercer nuestro imperio, no
es el amor sino la vanidad, el orgullo, el amor propio, que
habiendo sido herido necesita una reparación ó una ven-
ganza.

Cuando se ama de veras y la defección, la ingratitud ó
la falsedad nos hace ver que fuimos engañados en nuestras
esperanzas y en nuestras aspiraciones mas bellas y mas en-
cantadoras, no sentimos celos, no, sino pesar, despecho,
vergüenza acaso, de haber concedido un lugar preferente
en nuestro corazón á un objeto que no merecía esta distin-
ción. Pues como hemos dicho antes, el amor no puede exis-
tir en ningún alma recta, cuando el objeto amado no es digno
y noble.

FRANCISCA CARLOTA DEL RIEGO PICA.

LAS HADAS Y SUS HECHIZOS.

CUENTOS ALEMANES POR HANS CHRISTIAN ANDERSEN.

CUENTO SEPTIMO

LA FLOR SOLITARIA.

«Siempre que muere un niño bueno, baja á la tierra un
ángel del Señor, y toma el cadáver en sus brazos, y esten-
diendo las anchas y blancas alas vuela por encima de todos
los sitios, que eran mas queridos del niño, y recoje un ra-
milleto de flores, que lleva al cielo á fin de que brillen allí
con mas amor aun de lo que brillaban en la tierra.

Y el Altísimo aprieta contra su corazón todas esas flores,
besa la que prefiere, y entonces la flor besada se halla dotada
de voz, y puede cantar entre el coro de los bienaventu-
rados.»

Esto iba diciendo un ángel del Señor, mientras llevaba

hacia el cielo á un niño, que acababa de morir: y el niño le
escuchaba, como si se encontrara soñando.

Y pasaron por todos los sitios de su casa, en donde habia
jugado el muchacho, y pasaron despues por varios jardines
llenos de esquisitas flores.

—¿Cuál de ellas cojeremos para trasplantarla al reino de
los cielos?—preguntó el ángel.

Habia allí un rosál delgado y gracioso; solo que una mano
mal intencionada le habia roto el tallo, de suerte que todos
sus retoños cargados de pimpollos á medio abrir se estaban
secando á toda prisa.

—¡Pobre rosál!—dijo el niño. Cojamos este para que pue-
da florecer en el reino de los cielos.

Y el ángel lo cojió, y besó al niño por su buen deseo.

Y el niño volvió á entreabrir los ojos.

Cojieron además varias flores de las mas preciadas por
los mortales opulentos; pero no por esto dejaron de tomar
también consigo á la descuidada fáfara y á la trinitaria sil-
vestre.

—Ya tenemos bastantes flores,—dijo el muchacho;—pero
el ángel, si bien hizo una señal de aprobacion, no por esto
principió todavía á remontarse hacia su mansion celeste.

Era de noche y todo estaba silencioso.

Quedáronse por encima de una vasta ciudad, y al volar
en la direccion de una callejuela repararon que habia en ella
montones de paja, de cenizas y basura, pues era fin de tri-
mestre y muchos vecinos habian mudado de casa en aquel
día. Y en aquellos montones, habia trozos de platos rotos,
harapos, sombreros viejos, y cien otros objetos igualmente
inútiles.

En medio de ellos el ángel descubrió los fragmentos de
un tiesto, ó maceta de flores, y además un terrón de barro,
que de él habia caído y se mantenía entero con las raíces de
una planta, ya mustia, de flor del campo, que por inútil
habian arrojado ya á la calle.

—La tomaremos con nosotros,—dijo el ángel,—y mien-
tras vamos volando te diré porqué.

Y así fué. Cogieron otra vez el vuelo, y el ángel del
Señor habló de esta manera:

—En esa callejuela vivia en un húmedo sótano un pobre
muchacho enfermo. Desde su infancia se hallaba postrado
en la cama; y aun en sus mejores días jamás pudo moverse,
sino apoyado en sus muletas; y eso, para dar solo dos ó tres
pasos en su lóbrega habitación. En algunos días de verano pe-
netraban á veces los rayos del sol en el sótano, durante dos
ó tres horas; y cuando el muchacho, alentado por ellos,
veía que se le coloraba un poco la sangre de sus dedos deli-
cados, se imaginaba que aquel día habia salido á gozar del
aire libre. Todo lo que él sabia del campo y del verdor de
la primavera era solo lo que podia aprender del primer ramo
verde de haya, que uno de los hijos de su vecino le solia lle-
var todos los años, y que él solia colocar sobre la cabeza,
imaginándose así que se hallaba bajo la sombra de los ver-
des árboles, y á la luz del sol, oyendo el canto de las aves.
Cierta día de primavera el muchacho del vecino le llevó
además unas flores del campo, entre las cuales habia una
que conservaba aun vivas las raíces, y el pobre enfermo la
plantó en una maceta, que puso en la ventana, cerca de su
cama. Feliz fué la mano que la plantó; pues retoño muy
pronto, y echó nuevas raíces, y floreció todos los años. Lle-
gó á ser el solo jardín del pobre inválido, y su único tesoro
en esta vida. Lo regaba y cultivaba, y no le dejaba que per-
diese uno solo de los pocos rayos de sol que penetraban por
aquella ventana. La flor se mezclaba siempre en todos sus
ensueños y ocupaba de día todos sus pensamientos; pues
para él abría su cáliz; para él coloraba y extendía sus hojas;
para él despedía su suave aroma. En ella fijaba siempre
sus miradas, y en ella tenia su pensamiento cuando Dios le
llamó á su regazo. Hace ya un año que se halla en la man-
sion celeste, y durante este tiempo la flor ha permanecido
en la ventana, hasta que marchita la planta la han arrojado
á la calle. Y esta pobre flor, así mustia y decaída, es la que
vamos á juntar con nuestro ramillete, pues dió mas horas de
felicidad y contento que la mas preciosa del jardín de una
soberana.

—¿Y Cómo sabeis toda esta historia?—preguntó el niño
á su ángel conductor.

—La sé, porque yo mismo era ese muchacho enfermo,
que no podia menearme sino apoyado en mis muletas. Y
conozco mi flor, y le estoy agradecido.

Y el niño abrió en esto los ojos, y los clavó en la serena
y radiante fisonomía del ángel, cabalmente en el instante
mismo en que acababan de llegar al reino de los cielos, en
donde todo era gozo y bienaventuranza.

Y el Señor estrechó al niño en su corazón, y al punto se
vió dotado de alas como el otro ángel, y principió á volar
como él.

Y el Señor apretó todas las flores contra su corazón, y
besó la marchita flor del campo, que quedó con esto enri-
quecida con voz y se unió al coro de los ángeles que cir-
cundan al Altísimo: algunos de los cuales están muy cerca
del Padre celeste, y otros le rodean en un círculo á mayor
distancia, y otros en otro, y así sucesivamente, en sucesión
sin término, pero todos igualmente felices.

Y todos cantaron, grandes y chicos, celebrando al niño
bueno y bienaventurado, y á la pobre flor del campo, que
poco antes yacía mustia y abandonada, arrojada entre la ba-
sura de una inmundicia callejuela.

CUENTO OCTAVO, DIVIDIDO EN VARIAS HISTORIAS.

LA REINA DE LA NIEVE.

HISTORIA PRIMERA.

EL ESPEJO.

Pues señor, vamos á principiar, que cuando lleguemos
á la conclusion, algo habremos aprendido en esta historia;

pues anda en ella un diablillo de los mas malignos. Es uno de los mas traviesos que jamás vivieron: en suma, el archidiablo en persona.

Un día, en que estaba él de buen humor, hizo un espejo al cual le dió la singular virtud de disminuir, hasta dejar reducido á la nada, todo lo bueno y lo hermoso que se refleja en su superficie; al paso que multiplicaba en tamaño deforme todo lo feo ó indigno de los objetos reflejados. Mirada en aquel espejo, la perspectiva mas encantadora de un paisaje parecia un plato de espinacas cocidas, y la persona mas bien formada y de mas bondadosa fisonomía se presentaba allí con el aspecto repugnante y odioso, y además contrahecho y como puesta allí cabeza abajo. Una peca ó lunar que tuviese uno en la cara, se veía en el espejo como un parche abultado que llegaba de la nariz hasta la oreja. Y el archidiablo decia, que encontraba todo esto muy divertido. Si encontraba en la mente de algun sér humano un pensamiento santo ó benéfico, al punto aparecía en el espejo en forma de grieta ó hendidura abierta asquerosamente en la frente de la persona en él reflejada; con lo cual el archidiablo se reía hasta soltar la carcajada.

Todos los que frecuentaban la escuela del diablillo — pues el diablillo tenia escuela, — esparcían por donde quiera la fama del curioso espejo, y decían que por medio de él se podía ver al fin cual era el mundo y cuales sus habitantes, sin disfraz y en toda su verdad. A todas partes llevaban el espejo, hasta que no quedó ni país ni ser humano, que no se hubiese deformado en su superficie. Después de esto quisieron llevarlo á las regiones de los bienaventurados; pero cuanto mas alto lo iban elevando, tanto mas se rajaba, y apenas podían conservarlo entero: sin embargo, seguían remontándose con él de esfera en esfera. Cuando llegaron á la del sol, el espejo se hendi6 por tantas partes y se derritieron tantos pedazos de él, que les fué ya imposible sostenerle, pues se les deslizó de las manos, cayendo precipitadamente sobre la tierra y con tal furia, que se estrell6, quebrándose en millones y millones de pedazos casi imperceptibles por lo infinitamente pequeño. De lo cual result6, que fué todavía mucho mas pernicioso que cuando estaba entero, pues como las partes en que se habia dividido eran como granos de finísima arena, el viento las llevaba en todas direcciones, esparciéndolas por todos los ángulos de la tierra; y cuando alguna de ellas iba á parar en los ojos de un mortal, allí se quedaba, y al través de su prisma engañador la persona que la llevaba en los ojos todo lo veía deforme y asqueroso, pues cada pedacito del espejo tenia la misma virtud del espejo entero. A algunas personas les caía un imperceptible fragmento al corazón, y era esto espantoso, pues les quedaba el corazón tan yerto como un terrón de hielo.

Entre los innumerables pedazos, algunos de tamaño invisible, no dejaron de quedar algunos fragmentos de mayor dimension. Los habia que podían emplearse para vidrieras de ventana; pero era cosa curiosa el mirar al través de ellos las personas que pasaban por la calle.

De otros fragmentos se hicieron lentes para espejuelos; pero las personas que los usaban, no podían ver nada en su verdadera luz y mucho menos apreciar con justicia objeto alguno. Y el diablillo reventaba de risa, al ver cuanto daño habia causado, y cómo se difundían por todas partes los nocivos efectos de su diabólica invención. Entretanto el polvo del espejo volaba, llevado por el aire, como lo veremos en la historia inmediata.

SONETO.

Lejos, Gabriel, del mundanal contento,
Agena el alma al tumultuoso ruido
Dejas que libre brote el sentimiento
De la campiña en el callado olvido.

Hallas inspiracion y suave acento
Donde el genio de Dios pone su nido,
Cruzando con alado pensamiento
El cielo azul de estrellas mil guarnido.

Al pié sentado del olivo añoso,
Entonas en el plectro sus loores
Al compás del arroyo cadencioso;

Y aspiras al perfume deleitoso
De las brisas que juegan con las flores,
¡Oh, dulce soledad! ¡Mortal dichoso!

L. DEL BARCO.



Trages de Lima.

BIBLIOGRAFIA.

HISTORIA DE JESUCRISTO.

POR EL PRESBITERO

DON EMILIO MORENO CEBADA.

Vamos á consagrar algunas líneas á la obra que con este título está publicando con tanta aceptación como inusitado lujo el establecimiento lito-tipográfico de don Juan José Martínez.

Muchas son las historias que se han escrito demostrando los admirables hechos, la predicación y doctrina de Jesucristo; pero esta circunstancia dá de seguro mayor valor á la de que nos ocupamos. ¿No es natural, que su autor el presbítero don Emilio Moreno Cebada, autor también de la *Historia de la Virgen* que acaba de ver la luz pública, tenga presente al escribir su obra la mayor parte de las que se han publicado?

Así es en efecto, y aparte de la reconocida competencia del autor de estas obras en semejantes materias, es un hecho que la de Jesucristo va enriquecida con profusión de citas que son la base de su trabajo.

Si el poema de la *Virgen de Judá*, nuestra bienaventurada Madre, ha sido tratado por el señor Moreno Cebada con el entusiasmo y convicción que dá la fé, y con el lenguaje á que tanto se prestan los asuntos religiosos por su grandiosidad, ¿con qué colorido no habria de presentarnos este otro poema del Dios de Israel?

Los diversos acontecimientos, sobrenaturales todos, de la vida de nuestro Dios, dejan ancho campo para que el que escribe su historia emplee todos sus dotes en este trabajo.

Y con efecto, ya en las primeras entregas que tenemos á la vista se empieza á comprender el mérito de esta obra, en la cual resaltan la galanura del lenguaje, la entonación y buen gusto literario con que se nos representan algunos hechos y las bellezas con que se relatan otros.

Si á esto se añade que el señor Moreno Cebada es fácil y correcto en la dición, que escribe inspirado sirviéndole de antorcha el Evangelio y la autoridad de los padres de la Iglesia, como él mismo dice en su prólogo, y que sigue paso á paso la vida de Jesús con naturalidad, sencillez y buenas formas literarias, se comprenderá naturalmente cuán merecido es el aprecio y la singular acogida que el público dispensa á esta publicación.

Ya en las entregas repartidas lleva tratados el autor el Misterio de la Encarnación, la Visitación de la Virgen, el Nacimiento del Precursor de Jesús, y el del Hijo de Dios, tan entusiastamente anhelado y recibido por ese pueblo que mas adelante habia de pagar su amor con la mas negra de las ingratitudes.

Después nos dará á conocer cómo se cumplían una á una las profecías, explicará la doctrina de nuestro divino Maestro, y como el señor Moreno Cebada nos dice, «presenciaremos sus mismos milagros, con los que confirma su celestial doctrina y demuestra claramente su divinidad; le acompañaremos después á los tribunales; subiremos en su

compañía hasta la cresta del Gólgota, y después de besar aquella tierra empapada en la deificada sangre del Dios-hombre, nos prepararemos á contemplarle resucitado y glorificado por su Padre...»

Basta con lo espuesto para que nuestros lectores comprendan lo que habrá de ser la *Historia de Jesucristo*.

En cuanto á su mérito tipográfico, solo diremos que guarda una perfecta analogía con la de la *Virgen*, con la cual hermana en tamaño, edición y papel: está adornada como aquella con orlas de oro en todas las caras, de un dibujo bellísimo, en que resaltan los atributos de la pasión y muerte de nuestro Redentor, y que va ilustrada con lindísimas láminas copiadas de los mejores cuadros conocidos, todo lo cual habla muy alto en pró de los adelantos que las artes reciben de día en día en nuestra patria. Las ediciones de esta obra y la de la *Virgen*, puede decirse que son un paso mas que dá en la senda del progreso la lito-tipografía en España.

Réstanos, por último, no recomendar esta obra tan ventajosamente acogida por el público, sino significar á su autor el placer con que hemos dedicado estas líneas á su trabajo, tanto mas apreciable hoy, cuanto es mayor el servicio que presta á la sociedad, amenazada de una venenosa inoculación

con la práctica del indiferentismo religioso que han tratado de introducir en ella algunos de nuestros modernos filósofos.

RAMON REAL DE MENDOZA.

VARIEDADES.

APLICACION DE LA FOTOGRAFÍA AL GRABADO EN MADERA.

Hasta hoy se han hecho numerosos ensayos para obtener que sobre un pedazo de madera quede bien fijada la impresión fotográfica y en seguida pueda el grabador ejecutar con toda precisión su obra. El éxito aun no ha coronado los esfuerzos de los que se han propuesto tan útilísimo descubrimiento; pero no debemos desmayar por ello; es de creer que no pase mucho tiempo sin que se haya obtenido la mayor perfección en este procedimiento.

Fácil es comprender que no hay la menor dificultad en imprimir sobre la madera la copia fotográfica, y que aplicando sencillamente á la superficie de un pedazo de boj el cloruro ó el nitrato de plata, se pueden conseguir estampaciones las mas satisfactorias; pero no es eso todo: la dificultad consiste aún, en que la sal de plata comunica á la madera tanta fragilidad que la hace susceptible de ser completamente quebradiza bajo el buril, de modo, que es imposible trazar sobre ella líneas delicadas.

Verdad es que, dando un baño de albumina al boj, se evita ese inconveniente; pero el artista grabador advierte que la capa de albumina le impide trabajar con la facilidad ordinaria: este obstáculo puede allanarse con el empleo del colodion, cuya capa es tan sutil y ligera, que no impide que corra el buril cómodamente. Lo que parece debe adoptarse con preferencia, es el procedimiento conocido bajo el nombre de colodion seco, para obtener sobre el pedazo de madera una prueba positiva con arreglo á un buen cliché sobre vidrio. Se recomienda como muy importante, que el procedimiento se simplifique en cuanto sea posible para evitar que la madera se altere. Para esto conviene que se cubra el boj, con escepción de la faz donde deba aparecer el dibujo estampado, por una ligera capa de barniz transparente, de modo que pueda estenderse el colodion iodurado y humedecer la faz de la madera con el nitrato de plata, sin que haya entonces ningun riesgo respecto de la absorción de ese líquido, protegida la madera por el barniz. Si el grabador es conocedor de su arte, y sabe renunciar á la rutina del método ordinario para el corte de las líneas, es indudable que el descubrimiento se habrá conseguido; y ya se comprende cuán ventajoso es en todos conceptos. Hemos visto una Amfora fotografiada sobre madera y grabada por Mr. Wilde, que es una muestra admirable de cuanto puede lograrse como mejoramiento en el arte.

Por todo lo no firmado,
R. DE MENDOZA.

DIRECTOR Y EDITOR RESPONSABLE, D. JUAN JOSÉ MARTÍNEZ.

MADRID.—1860.

Imprenta y litografía de D. Juan José Martínez,
calle del Arco de Santa María, núm. 7.